

JUAN LUIS GONZÁLEZ



LAS FUERZAS DEL CIELO

Secretos, confesiones y peligros
de la primera presidencia mesiánica

Espejo de la Argentina  Planeta

JUAN LUIS GONZÁLEZ

LAS FUERZAS DEL CIELO

Secretos, confesiones y peligros
de la primera presidencia mesiánica

Espejo de la Argentina  Planeta

1

Génesis

Ninguno de los dos hombres hablaba. Estaban sentados a medio metro, con los ojos perdidos y sin decir nada. Ni una sola palabra. De hecho, el interior del auto habría sido tan silencioso como una tumba si no hubiera sido por dos sonidos.

Uno eran las gotas que caían sobre el techo y que, en otro contexto menos dramático, quizá habrían acompañado a una apacible siesta. Los que viven en Mar del Plata suelen bromear con que solo hay dos estaciones, el invierno y el verano, y esa primavera en la ciudad costera volvía a demostrarlo. La noche estaba fresca, corría algo de viento y la lluvia era persistente.

De hecho, dentro del auto apagado empezaba a hacer algo de frío, a pesar de que ambos habían salido bien abrigados. Abajo de uno de esos camperones había un hombre roto. Era Javier Milei, que con su llanto y su moqueo interrumpía el silencio y terminaba de pintar un panorama sombrío.

Gustavo lo dejó estar un rato antes de arrancar el coche y emprender la vuelta. Durante todo el año había acompañado el proceso del duelo de su hijo. Eso era, claro, una manera de decir. En verdad, Gustavo no creía que el perro que habían ido a despedir fuera el hijo de nadie. Era, para él, tan solo un perro, el mejor amigo del hombre, pero a fin de cuentas se trataba de un animal. Sin embargo, esa condición canina no le impedía ver notables cualidades en Conan. De hecho, en las varias charlas que había mantenido con el perro, Conan no solo se había mostrado muy consciente de todo lo que sucedía—incluso de su inminente muer-

te—, sino que también un día le reveló, para su profunda sorpresa, que sabía absolutamente todo. Sabía por qué Gustavo se había comunicado una tarde, a cuento de nada, con su padre Javier y, sobre todo, sabía lo que se le venía a la persona con la que había pasado los últimos 13 años.

Gustavo le había pedido al perro mantener el asunto entre los dos, una especie de pacto interespecies, hasta que llegara el momento indicado. “Él solo se tiene que dar cuenta”, le dijo a Conan para convencerlo. El perro aceptó, al punto tal de que se llevó el secreto a la tumba.

Pero ese momento tan esperado, guardado durante todo un año por Gustavo, que muchas veces se había tenido que morder la lengua para callarse la gran verdad, estaba a punto de suceder. Aunque él hubiera preferido postergar esa instancia un tiempo más, hasta que Javier estuviera verdaderamente listo, con el diario del lunes iba a hacer algo más que entender lo que sucedió: iba a ver detrás de aquella escena inolvidable la mano del destino.

No era una metáfora. Tenía todo el sentido que pueden tener los hechos digitados por una entidad sobrenatural. Acababan de salir de Mar del Plata, a donde habían ido a tirar las cenizas de Conan junto al mar. Había llegado el momento.

Todo hubiera cerrado a la perfección si no fuera por el molesto viento costero que había convertido el último ritual con el animal en una escena dantesca. Es que, apenas abrieron la urna funeraria, los restos del perro/hijo volaron del frasco, pero en el sentido inverso, y se volvieron sobre ellos. Milei estaba tan emocionado que pareció no enterarse, y Gustavo prefirió no decir nada, a pesar de que la campera se le había llenado de ese mohín blancuzco.

De hecho, cuando miró hacia abajo, un rato después, vio que todavía tenía polvo sobre su ropa. Sacudirse las cenizas en aquel momento no era una opción: la ruta estaba oscura y mojada, y el viaje que le quedaba era largo, en especial porque su acompañante detestaba manejar y tendría que hacer él gran parte del recorrido.

No habían pasado veinte minutos desde que habían dejado Mar del Plata cuando ocurrió. Milei había estado callado desde que habían vuelto del mar, pero de repente lanzó una frase que era mucho más que una frase. Era el primer paso de eso que le

habían anticipado a Gustavo los que él llama los “siete espíritus que gobiernan el mundo”. Que eran, según él, los que lo habían enviado a conocer a Milei. O, mejor dicho, a reencontrarse.

—Decime la verdad, Gustavo: vos y yo nos conocemos de otro lado, ¿no?

* * *

Gustavo me contaba todo esto del otro lado de una mesa en un bar de Floresta. La espera hasta llegar a este momento había sido larga.

Cuando estaba escribiendo *El Loco*, la primera biografía sobre Milei, lo había intentado contactar en varias oportunidades. Solo había aceptado responderme a través de una tercera persona, algunas preguntas escuetas y vía correo electrónico. Esas conversaciones fueron insumo para lo que publiqué en aquel libro: que este brujo había sido el primer *sherpa* de Milei en el mundo esotérico, una aparición importante pero fantasmal, ya que luego de aquel tiempo junto al libertario, entre 2017 y 2018, había vuelto al anonimato absoluto.

Eso había sucedido en el arranque de 2023, y desde entonces Gustavo se había convertido en algo así como una leyenda para muchos analistas y periodistas que seguimos los idas y vueltas del presidente de la nación. Colegas de todo el globo me habían escrito para preguntarme por el paradero de este hombre tan misterioso. A todos les dije lo mismo: no sé cómo dar con él, nunca lo vi, no lo conozco, apenas intercambié unos *mails*.

Pero en el último tramo del año electoral algo cambió. Gustavo me había escuchado en algunas entrevistas y había decidido romper el silencio. Tenía varias aclaraciones para hacerme; en particular, dos: la primera era que él no se consideraba un “brujo”, como lo había definido, sino un “hechicero”. La segunda aclaración era por algo que se podría definir como una interna en el mundo del esoterismo. Decía que el papel de Celia Melamed, la médium que comunicaba a Conan con su dueño, quien luego entrenaría a Karina Milei en esa disciplina que llaman la “comunicación interespecies”, no era tan central como el que le asignaba.

“Cuando estábamos los dos y Conan hablaba, me hablaba a mí. Yo la dejaba traducir a ella, pero Conan me hablaba a mí”, me dijo, revelando cruces entre ambos en el departamento de Milei.

Estas aclaraciones me las había contado a través de una cuenta que se había creado en Twitter, “Howard Roark”, modalidad por la cual estuvimos en comunicación durante meses. Ese usuario tuvo su momento de fama: llegó a dar una charla abierta en X con Claudia Oviedo, en otro momento amiga del libertario y la *community manager* de la cuenta que le hizo a Conan cuando este ya estaba muerto, aunque en la red social —y en la cabeza de su dueño— pasaba por vivo y fingía seguir al lado de su padre.

En los intercambios virtuales con el hechicero —ahora sí—, él sostenía que Melamed no era más que una simple traductora, cuyo trabajo se pagaba por hora. En *Karina*, el libro de Victoria de Masi sobre la hermana presidencial, Melamed narra algunos de esos encuentros en el hogar de Milei. Da la sensación de que la poca simpatía que el hechicero le tenía a la médium era mutua.

Aunque Gustavo no lo decía, el subtexto era claro: se consideraba muy importante en la historia del hombre que pasó de los paneles de la TV a la Casa Rosada en tiempo récord. Mucho más importante que la persona cuyo rol vio descripto cuando leyó *El Loco*.

De cualquier manera, aunque cambiábamos cada tanto mensajes por las redes, nunca había aceptado un encuentro cara a cara, y finalmente dejé de intentarlo. Pero después de la asunción de Milei algo cambió. Tras un tiempo sin hablar y sin responderme los chats, Gustavo apareció de la nada para proponerme un encuentro, en una esquina de Floresta. Yacá estamos.

Confieso ahora, tiempo después, que esperaba encontrarme con algo parecido a un personaje de la saga de Harry Potter, a una adaptación estrafalaria y marginal de Dumbledore. Había escrito sobre él, había hablado sobre él, lo había imaginado tocando el cielo con las manos para bajar la palabra de Conan del más allá, iniciando a Milei en ese camino que lo llevaría luego a convencerse de que Dios le había encomendado una misión divina.

Gustavo se presentaba como un “hechicero” capaz de entablar comunicaciones con seres de otro calibre. Por eso lo pensaba como un personaje casi de película. La realidad estaba muy lejos.

Sentado en la mesa más alejada del segundo piso del bar, leía el diario *Clarín* mientras esperaba que le trajeran un plato de ñoquis con boloñesa. Tenía un chaleco color caqui, de varios bolsillos, un jean y una boina que tapaba una cabellera que se veía gris y no demasiado tupida. De lejos, podría ser un jubilado más pasando una tarde en el barrio de Floresta.

El hielo se rompió al instante. Gustavo resultó muy hablador, en charlas que acompaña con sus ojos celestes e inquisitivos. Me contó que se había criado en Floresta, barrio en el que incluso había conocido de joven al hermano de Melamed, y que cuando era un niño se había dado cuenta de que era distinto al resto de sus compañeros de colegio. Rápidamente, el encuentro derivó en el mundo sobrenatural. Y había mucho terreno para explorar: decía haber jugado un papel central, vía telepática, en la victoria de Donald Trump en 2016. También aseguraba estar en diálogo con Putin, haciendo denodados esfuerzos para evitar una Tercera Guerra Mundial. Quizá esté de más aclararlo, pero no había un gramo de ironía o de sarcasmo en ninguna de sus palabras.

Para el plato principal, Gustavo esperó hasta que el mozo llegara con el café. Como si fuera el guionista de una serie larga, el hechicero empezó a desarrollar su historia con el libertario sin ninguna prisa, estirándola con pausas dramáticas y rodeos varios.

Pero el hombre, evidentemente, era perceptivo. En un punto notó la suspicacia que le llegaba del otro lado de la mesa. Fue entonces cuando decidió jugar una carta fuerte.

Con parsimonia, de uno de los bolsillos del chaleco fue saliendo primero un largo hilo y después un objeto metálico, pequeño. Era un alicate de uñas, atado a un piolín de los que se usan para envolver las cajas de pizza.

Lo levantó con una mano y empezó a moverlo en círculos. No lo aclaró, pero no hizo falta: era evidente que estaba por hacer una demostración de sus dotes. Por eso, lo que dijo a continuación cortó algo del clima místico que estaba empezando a generarse. “Este alicate lo usaba Javier para cortarse las uñas”, lanzó, mientras el objeto empezaba a tomar fuerza en sus giros. Pero lo que aseguró enseguida solo se podría definir como sorprendente:

—Ah, no viniste solo —dijo con su vozarrón de cantante de tango retirado.

Tardé pocos segundos en entender de qué me estaba hablando. Es que antes de que pudiera abrir la boca, Gustavo me contó algo para lo que no me había preparado.

Había imaginado muchos escenarios del encuentro tan esperado con este hombre central en el acercamiento de Milei a lo sobrenatural, el primero que lo hizo ver que no solo no era una “basura”, como su padre le había asegurado toda la vida, sino que además tenía un papel clave a jugar en el futuro del país. Pero en ninguno de esos posibles desenlaces aparecía lo que estaba por escuchar.

Mirándome fijo a los ojos, Gustavo me dijo que sentado exactamente al lado mío se encontraba mi abuelo. El mismo Luis Baravalle, un plomero de Quilmes, que llevaba muerto ya dos décadas.

—¿Le querés decir algo?

* * *

Tuve dos encuentros con Gustavo, ambos en la misma esquina, ambos con el mismo chaleco. Ahí el hombre se mostró muy abierto en compartir su experiencia, pero en especial sus preocupaciones.

Esto último es lo que explica por qué el hechicero había decidido abandonar su anonimato conmigo, luego de casi dos años de intercambios virtuales: desde que vio la asunción de Milei, supo que algo andaba mal. En particular, desde la misa de aquel día en la Catedral de Buenos Aires, oficiada por distintos religiosos, entre ellos Axel Wahnish, el rabino particular de Milei y ahora embajador en Israel.

“El rabino es un enviado del Maligno, lo quiere llevar a la oscuridad”, lanzó Gustavo, con la misma terminología que usa el libertario en público y en privado cuando quiere descalificar a alguien. En ambos casos, la simbología religiosa detrás de esas palabras no es casualidad.

Según cuenta Gustavo, un día de principios de 2017, los “siete espíritus que gobiernan el mundo”, para los cuales trabajan los “hechiceros” del planeta —apenas una docena—, le hicieron llegar un mensaje. Le dijeron que tenía que ir a buscar a un señor llamado Javier Milei, que en el futuro se convertiría en presidente de la Argentina. Lo debía encontrar para asesorarlo, pero sobre todo para contenerlo.

Los espíritus también le habían contado sobre Conan y le habían anticipado que ese 2017 sería su último año de vida. El hechicero no lo dice por pudor y porque le guarda cariño a su discípulo, pero deja entrever que de no haber sido por él y por su aparición sorpresiva el desenlace de un Milei sumido en el dolor por el duelo podría haber sido verdaderamente dramático.

Así comenzó un vínculo que arrancó a comienzos de 2017 y se extendió hasta entrado 2018. Gustavo iba todos los domingos al departamento en el piso 10 que Milei tiene en una torre en el Abasto. Pasaba el día junto a él y lo acompañó a lo largo de la enfermedad de Conan, muchas veces haciendo de mediador entre el padre y el hijo perruno.

De hecho, el hechicero estuvo presente en el departamento en el momento en que el perro falleció, un domingo de octubre de 2017. El recuerdo que tiene Gustavo de aquel episodio —trascendental no solo para Milei, sino también, como se verá después, para todo un país— solo se puede definir como triste: Milei estaba empecinado en mantenerlo con vida, mientras que el hechicero —según él, en un acuerdo explícito con Conan— sostenía que era el momento de dejarlo ir. A lo largo de aquel proceso, desde el primer encuentro hasta el viaje a Mar del Plata, Gustavo ocultó el verdadero motivo por el que estaba ahí.

Hay varios elementos del relato que ponen a prueba toda lógica. El primero es el comienzo. Solo como un ejercicio teórico: si los “espíritus que gobiernan el mundo” no existen, idea que probablemente compartirán muchos lectores, ¿por qué Gustavo se contactó vía Twitter con alguien a quien desconocía por completo? En el comienzo de 2017, Milei recién había dado un par de notas en televisión y el poderoso empresario Eduardo Eurnekian aún no le había dado el espaldarazo que el libertario necesitaría para instalarlo en los medios. Javier Milei no era, en aquel momento, para

nada relevante en ningún ámbito de la discusión pública. Es decir: no solo la determinación de Gustavo de conocerlo es difícil de entender, sino incluso el hecho mismo de que supiera de él. ¿Cómo se enteró de que existía alguien llamado Javier Milei? ¿Por qué estaba tan seguro de que en un futuro este hombre desaliñado sería presidente?

Había una casualidad que los unía aún sin haberse visto jamás, o lo que alguno podría llamar “una obra de las fuerzas que vienen del cielo”. Gustavo es un anarcocapitalista convencido, con pasado de militancia en la UCeDé de Álvaro Alsogaray en los años noventa, y con su ideología como bandera se fue ganando la simpatía de Milei en el arranque de esa relación. De hecho, “Howard Roark”, su usuario en Twitter, es el nombre del protagonista de *El manantial*, la obra cumbre de Ayn Rand, una oda al individualismo y al libre mercado. La filósofa murió en 1982, pero décadas después Milei juró mantener charlas con ella, como les contó a dos de sus entonces grandes amigos. ¿Otra casualidad? ¿Era una señal el nombre que eligió el hechicero para su usuario en las redes?

Hay, claro, una tercera opción: que todo haya sido fruto del azar. Tiene alguna lógica que un anarcocapitalista oxidado como Gustavo siguiera en aquel momento a los pocos que pensaban como él y que un día, a cuento de nada, cruzara mensajes en Twitter con alguien que pasaba gran parte de su tiempo ahí (Milei entabló relaciones de esta manera con gente que no conocía, como por ejemplo con quien luego sería su vicepresidenta). Si esto fuera cierto, todo lo que sucedió desde el momento en que Gustavo y el libertario se conocieron, incluyendo la victoria electoral de 2023, no tuvo nada que ver con el hechicero ni con una fuerza sobrenatural, sino más bien con el rumbo de la historia, el cambio en el capitalismo a nivel mundial, que vio crecer el fenómeno de la nueva derecha en todas las latitudes, y particularmente con las continuas crisis económicas y políticas de Argentina.

Cada cual podrá sacar su conclusión, pero hay por lo menos tres personas que no piensan en el azar y las circunstancias mundiales como causa de lo que estaba por venir. Una es presidente de la nación. Otra, su hermana. La tercera se sentó en un bar en Floresta a contar esta historia.

Gustavo, sin embargo, tiene una aclaración para hacer en este punto. La hizo luego de que declinara, casi como un acto reflejo, la oferta para hablar con mi abuelo muerto, algo de lo que después la curiosidad me haría arrepentirme.

Quizá lo que dijo entonces el hechicero haya sido motivado por su deseo de romper mi evidente escepticismo.

—Yo vine con mil espíritus, que me acompañan siempre —me contó en el primer encuentro, después de guardar definitivamente el péndulo/alicata en su bolsillo—. Es que en otras vidas soy otras personas. Soy el hijo de Jesucristo y del emperador romano Marco Aurelio.

Putin, Trump, Conan, Milei y también mil espíritus, todo en una misma historia. Tuve que decidir rápido. Aunque la puerta que abría la aparición de un descendiente de Cristo prometía ser interesante —hasta el momento, la tradición cristiana no reconoce la existencia de un nieto de Dios—, era el otro personaje el que más prometía.

Es que no era la primera vez que escuchaba sobre la influencia del Imperio romano en la vida de Milei.

Marco Aurelio gobernó Roma desde el año 160 hasta el 181, en un momento todavía de poderío de aquel imperio. Pasó a la posteridad en especial por *Meditaciones*, un libro de reflexiones que escribió con su propia mano, y también por el personaje que interpreta Richard Harris en la famosísima película *Gladiator*. Sin embargo, casi dos mil años después, en Floresta un señor mayor—que seguramente haya visto el filme más que leído el libro—venía a aportar otra visión: que aquel emperador había reencarnado en el hechicero de Milei. O viceversa, y esto no es una manera de decir. El hombre sostiene que hay veinticuatro realidades temporales paralelas que transcurren al mismo tiempo. Se trata de una idea que el propio Milei deslizó cuando, ya como presidente, declaró en una entrevista en los Estados Unidos que venía “del futuro”.

Gustavo me contó en aquel bar lo mismo que le había contado a Milei en una noche fresca a la salida de Mar del Plata, cuando

este, después de tirar las cenizas de Conan al viento costero, quiso saber de dónde se conocían:

—Yo soy Marco Aurelio y Javier es un general de mi ejército.

* * *

La encrucijada romana, tópico que luego el gobierno de Milei retomó de varias maneras y en varias oportunidades, es el lugar donde aparecen los interrogantes más grandes acerca de la relación entre el hechicero y su protegido.

Según el relato que hace Gustavo o, mejor dicho, Marco Aurelio, los dos se conocieron en un lugar clave para la historia occidental moderna. Ni más ni menos que en el Coliseo romano. Ahí, dos mil años atrás, se enfrentaron un gladiador y un león: Javier Milei, en otra vida, y Conan, también en otra forma.

Cuando la batalla estaba en un punto cúlmine, cuando el humano y el animal estaban listos para matar o morir, sucedió un milagro que evitó un desenlace trágico. Gustavo asegura que él, en su versión emperador, frenó la contienda, impresionado por la fuerza de los luchadores, y los reclutó a ambos en sus filas. Entonces comenzó una relación estrecha que tuvo otro capítulo en la segunda década del siglo XXI en la Argentina, cuando Marco Aurelio fue a buscar a su general para notificarlo sobre su misión presidencial. Una curiosidad, o quizá todo lo contrario: Milei, ya como presidente, conoció el Coliseo junto a su hermana, en un evento cerrado y de noche para ellos dos.

Sin embargo, hay otra versión. Es una que el libertario les contó al que en un momento era su grupo de amigos y luego a otras personas de su espacio: a ellos les decía que quien había frenado la situación a tiempo había sido el mismísimo Dios, señal ineludible del plan divino que gladiador y león tendrían luego de miles de años.

Las diferentes versiones sobre Conan, Milei, Marco Aurelio, Dios y el Imperio romano quizá no sean contradictorias. Tal vez sean parte del mismo relato, producto de la mezcla idiosincrática tan particular que suele hacer Milei, donde cristianismo, judaísmo y elementos esotéricos y perrunos se mezclan con facilidad y de acuerdo con las circunstancias.

De cualquier manera, las grandes dudas no pasan por ahí. El primer misterio es evidente. ¿Está Gustavo inventando toda esta historia? De ser así, tendría que ser un agudo consumidor de noticias acerca de Milei. Los relatos sobre la creencia de Milei de haber sido un gladiador en otra vida los conocían su pequeño grupo de amigos y quizá una veintena de personas más. Solo llegó a una nota periodística en *La Nación* de la mano de Hugo Alconada Mon —“Javier Milei, el candidato místico obsesionado con el dólar”— en noviembre de 2023.

¿Gustavo leyó ese texto y guardó la información durante meses para contarme luego un relato ficcionado? ¿O, por el contrario, realmente cree en todo lo que dice? Hay otra duda que aparece. ¿Por qué dice haber sido él el emperador y Milei su general? ¿Qué quiere sugerir cuando se pone arriba del libertario en el escalafón de poder?

Sin embargo, el asunto que verdaderamente pone toda lógica a prueba es otro.

—Javier es un gran general. Lucha con cinco leones atados a su brazo izquierdo. ¿Sabés lo difícil que es pelear con cinco leones en un brazo? —me pregunta, sin que yo sepa responderle—. Por eso, cuando hizo clonar a Conan le dije que para triunfar en su misión necesitaría sí o sí cinco perros, que son sus animales de poder, los que le dan poder.

Gustavo se refiere al proceso que encaró Milei cuando se dio cuenta de que el final de su perro se aproximaba.

La autoría de la idea de la clonación de Conan —que su “padre” definió como una forma de “acercarse a la eternidad”— está todavía en disputa. José Luis Cordeiro, un académico venezolano que sostiene que el humano está cerca de vencer a la muerte y que con esta idea como bandera entabló una relación con el libertario diez años atrás, asegura haber sido él quien primero le habló del tema. Otros, en cambio, identifican al científico Daniel Salomone como el instigador, gesto por el cual Milei habría quedado tan agradecido que luego lo pondría al frente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Del resto de la historia, en cambio, hay certezas.

En algún momento entre 2014 y 2016, el libertario llevó a Conan a un veterinario para que le hiciera una biopsia de piel. Las células del animal siguieron luego el trabajoso y largo camino que hacen todos los que pagan 50.000 dólares, más impuestos, a la empresa Perpetuate para clonar a sus mascotas. La piel se empaqueta con cuidado y viaja a Texas, Estados Unidos, hogar de la compañía. Ahí pasa a una incubadora, donde se la “cultiva” y almacena en nitrógeno líquido. Tras un difícil proceso, la célula se introduce en el material genético de un óvulo de otro perro, reemplazando el original por el que se va a clonar. Ese embrión se implanta en una madre “sustituta” y, si todo sale bien, al cabo de unos meses aparecen los cachorros.

Este fue el proceso que hizo el centímetro de piel del perro de Milei, que siguió el manual de instrucciones de Perpetuate al pie de la letra. Pero lo que sucedió luego tuvo una particularidad que llamó la atención incluso a los dueños de la empresa y que probó que, al menos para la ciencia, Conan no era un perro más.

—Su caso fue realmente increíble. En promedio, por cada intento se obtienen uno o dos clones —me contó Ron Gillespie, cofundador de Perpetuate, en una entrevista que le hice para *Sin Control*, la adaptación a *podcast* de *El Loco* que hicieron *Anfibia* y el diario español *El País*—. En los veintiséis años que llevo haciendo esto, solo obtuvimos tantos clones nacidos de un solo intento en otras dos ocasiones, además de Conan. Tres veces en veintiséis años. Es muy muy raro.

Gustavo, en cambio, no parece para nada sorprendido con el asunto. Menos aún se lo adjudica a cualquier elemento que tenga alguna explicación científica: “los animales de poder” de Milei (una tradición mitológica de guías y protectores espirituales que apareció en distintos momentos de la historia) eran cinco. Cinco eran los leones contra los que luchaba aquel gladiador devenido general romano. Cinco fueron los clones que, en una carambola que Gillespie dice que solo ocurrió tres veces en veintiséis años, llegaron en mayo de 2018 a un departamento en el Abasto que pronto empezó a quedar chico.

¿Fue todo una enorme casualidad? ¿El hechicero creó una historia luego de que llegaran los cinco clones para que coincidieran con la cantidad de leones? ¿O efectivamente fue una obra de las fuerzas que vienen del Cielo?

Gustavo, igual que su discípulo, no cree en las casualidades. Y no solo no tiene dudas, sino que además tiene la fuerza de alguien que está convencido de que es un emperador romano que habla con las entidades que controlan el mundo. Y que al alcance de su mano, y de su péndulo hecho con un alicate de uñas, está la capacidad de transformar la realidad política argentina.

—El problema es que ahora Javier está muy cerca del Maligno, pero si se desvía hay otras opciones —me dice, a modo de despedida—. Puedo poner a otro presidente mucho más poderoso aún.

Gustavo se fue del bar de Floresta con la promesa de crear a otro Milei, “mucho más poderoso”, todavía flotando en el ambiente. El emperador, al fin y al cabo, debía tener más generales a mano.

El escepticismo con el que había arrancado las conversaciones con Gustavo se mezclaba, a esta altura, con una profunda sorpresa, algo parecido al *shock*. Había algo de lo que sí podía estar seguro: el hechicero era lo suficientemente perspicaz como para percibir mis dudas sobre sus relatos de vidas pasadas, comunicaciones interespecies y designios místicos.

En eso tenía razón. No les dedicaría una línea a sus historias si no fuera por un pequeño detalle. El presidente del país, una de las máximas estrellas de la nueva derecha internacional, está convencido de que todo es cierto, que por eso llegó a donde llegó y que el futuro de la Argentina y del mundo depende de que él cumpla con su misión divina.